

Derby que debia, tan luego como se terminasen las justas, partir con un numeroso ejército á socorrer á los Ingleses de la Gascuña; mientras que sir Tomás de Agworth iba á Bretaña para proseguir á mano armada los negocios de la condesa de Montfort, que debian haberse mejorado mucho por el tratado que acababa de celebrarse entre el conde de Salisbury, mesir Olivero de Clisson y monseñor Godofredo de Harcourt.

XXXVI

LOS DOS GUILLERMOS

El tercer dia del torneo se hallaba reservado, como hemos dicho, á Guillermo de Montaigu; el cual, armado caballero por mano del rey Eduardo, segun la promesa que este le habia hecho en el castillo de Warek, debia hacer sus primeros hechos de guerra en presencia de la condesa: este era un gran dia para el jóven doncel, porque estaba decidido á vencer ó á morir, y en uno ú otro caso debia ser coronado por ella, ó espirar á sus ojos, lo que era para él una dicha.

Además, para darle mas honor á su ahijado, el mismo Eduardo habia querido romper con él la primera lanza: despues, la reina habia dado libertad para este dia á M. Eustaquio de Ribeaumont, á fin de que la segunda justa fuese para él. Por último, la tercera debia ser sostenida por Guillermo Douglas, que habia venido de Sterling al efecto.

Las dos primeras justas fueron enteramente de cortesania, y hablando en todo el rigor de la palabra, diremos que fué un asalto en una sala de armas : cada cual dió grandes pruebas de valor y de destreza; rompiéronse dos ó tres lanzas, y Guillermo de Montaignu tuvo el honor de salir á partido igual con los dos mejores caballeros del mundo; pero á la tercera, aquel juego belicosó debia convertirse en un verdadero y mortal duelo : porque el ruido del desafio se habia esparcido en la noble asamblea, y todos, al deplorar la muerte del jóven aventurero, se alegraban en pensar que iban de nuevo á sentir las emociones que nacen de un combate á muerte.

De modo que fué con un movimiento general de interés y de impaciencia como oyeron á las músicas de la plataforma hacer resonar el entusiasta eco guerrero, el que fué contestado por cuatro trompetas escocesas. Al mismo instante las barreras se abrieron, y Guillermo Douglas apareció. Todos lo reconocieron por el corazon ensangrentado que llevaba sobre su broquel : armas que vestían los Douglas desde que el buen lord Tomás sucumbiera ante Granada, cuando llevara á la Tierra Santa el corazon de su monarca y amigo Roberto Bruce de Escocia.

Douglas entró pues en la liza acompañado de un murmullo general de curiosidad; porque era doblemente célebre, ya por los hechos de armas de su padre, como por los suyos. La fama de sus aventureras empresas, su fidelidad al rey David, y las pérdidas terribles que hacia diez años estaba haciendo sufrir á los Ingleses, lo hacian un objeto de interés para los hombres, y de admiracion para las mujeres.

Guillermo Douglas contestó á este movimiento ge-

neral levantando la visera de su casco, y saludando á madama Felipa y á la condesa de Salisbury. Vióse entonces las facciones de un jóven de veinte y seis á veinte y ocho años poco mas; lo cual redobló la admiracion, porque no podian comprender cómo siendo tan jóven, habia adquirido ya una fama tan universal. Despues de haber saludado á las dos reinas, bajóse la visera de su casco, y corrió á tocar con el hierro de su lanza el escudo de guerra de Guillermo de Montaignu.

Este apareció al punto en la palestra.

— Bien, caballero, dijo; sois exacto á la cita, y os lo agradezco.

— Hablais, mi jóven señor, como si fuérais vos el que me hubiera desafiado, cuando por el contario, caballero, soy yo el que os arrojé el guante, y al mismo tiempo el que debe daros las gracias por vuestra exactitud.

— ¿Qué importa, sea el que sea el desafiante ó el desafiado, si el duelo ha sido recibido con harta alegría de mi corazon? Así, valiente caballero, preparaos á la lid.

Douglas hizo volver su caballo, y mientras que Guillermo de Montaignu reconocia su armadura y escogia la mas fuerte entre tres ó cuatro lanzas, atravesó de nuevo la liza. Despues, cuando llegó á su puesto, calóse bien la celada y puso su lanza en ris-tre.

Apenas habia acabado estos preparativos, cuando vió á su adversario en su puesto. Un instante bastó á Guillermo para asegurar su lanza; y los jueces del campo, viéndolos prestos, y apercibiendo la impaciencia de los espectadores, gritaron en alta voz :

— A la palestra.

Los dos jóvenes se acometieron con tal impetu, que las lanzas se partieron y sus cascos chocaron uno con otro despidiendo chispas el acero. No obstante, á fuer de buenos jinetes, hicieron retroceder sus caballos y se aprestaron al segundo choque.

Esta vez dirigió Douglas el hierro de su lanza hácia el peto de su contrario, y se lo asestó con tal violencia, que rompió la lanza en tres pedazos, é hizo rodar á Guillermo hácia la grupa de su corcel. En cuanto á Montaigu, dirigió el suyo á la cimera y le arrancó el casco de la cabeza, y esto con tal violencia, que el escocés empezó á echar sangre por la nariz y por la boca.

En el primer momento creyeron que estaba herido gravemente; pero él mismo hizo señas de que no; tomó otro casco de manos de su escudero, pidió una lanza nueva y volvió á ocupar su puesto.

En cuanto á Guillermo, había vuelto á cobrar su rectitud como el árbol encorvado por el huracan.

Resuena la tercera señal y los dos jinetes se acometen con tal impetu, que chocando los caballos con furia uno con otro, los hacen saltar de las sillas y ruedan por la arena.

Al punto Douglas se levanta sobre sus piés, y Guillermo sobre una rodilla... vaciló, y en la copiosa sangre que salia de su casco, todos conocieron que estaba herido.

Los jueces del campo corrieron al punto á la palestra, y cruzaron sus lanzas entre los dos jóvenes.

Entonces reconocieron que Douglas estaba gravemente herido. Los dos valientes se habían dado golpe por golpe; la lanza de Montaigu se había des-

lizado por la cota de Douglas, la había roto y se había enterrado en su pecho, mientras que la de Douglas, atravesándole la visera, había partido el casco, enterrándose en la frente de Guillermo.

Los jueces del campo reconocieron al punto la gravedad de las dos heridas, y se aprestaron á socorrer á los caballeros; Juan de Beaumont corrió á Douglas, y Salisbury á Guillermo; y mientras que llevaban al escocés fuera de la palestra, trataron de sacar el hierro de la frente de Montaigu.

— No, tío mio, dijo Guillermo; porque temo que con el hierro se vaya la vida; llamad sí á un sacerdote, porque quiero morir como cristiano.

— ¿No quieres primero un cirujano? dijo Salisbury.

— Un sacerdote, tío mio, creedme no hay que perder tiempo.

— Monseñor, gritó Salisbury al obispo de Lincoln, que estaba sentado junto á la reina; venid, hay peligro de muerte.

La condesa dió un grito, muchas damas se desmayaron, y el obispo bajó las gradas y llegó á donde estaba el herido.

Entonces en medio de la palestra, reuniendo todas sus fuerzas para este acto de religion, Guillermo de Montaigu, de rodillas y con las manos cruzadas, se confesó todo armado; despues el obispo de Lincoln le dió la absolucion en presencia de todas aquellas mujeres que rogaban por el jóven herido, y de todos aquellos caballeros que pedian á Dios les concediese una muerte tan santa y tan caballeresca.

Dada la absolucion, Salisbury se acercó á su sobrino, el cual estaba en estado de gracia y no temia

morir, dejando que lo operasen á placer. Quitáronle el casco que estaba enterrado en el cráneo, un escudero cogióle la cabeza, y Salisbury tiró el pedazo de casco que estaba clavado en la frente de su sobrino. Guillermo se desmayó, y entre cuatro escuderos lo llevaron á su tienda.

Al punto llegó el médico del rey, mandado por el mismo Eduardo, y examinó la herida. Salisbury que amaba á su sobrino como á hijo, esperó con ansiedad el fin del exámen; pero no fué favorable á sus deseos. El doctor hizo que le trajeran el hierro extraído, y por la mancha de sangre y en la sondura de la herida conoció que habia penetrado dos pulgadas; así es que dió á entender no habia que esperar nada, á no ser que Dios hiciese un milagro. En este momento entraron dos gentiles hombres de parte del rey para transportar á Guillermo de Montaigne á un departamento del castillo de Windsor; mas se opuso el facultativo, porque el herido no estaba en estado de poder resistir la traslacion.

Salisbury se vió obligado á abandonar á Guillermo antes que volviese en sí, porque su misión lo llamaba cerca de Eduardo, y aquella misma noche debia partir para Margate. Salisbury era uno de esos hombres en los que las afecciones privadas son secundarias á sus deberes públicos. De consiguiente, abrazó á su sobrino, y salió despues de haberlo recomendado al médico como si fuese su mismo hijo.

En cuanto á la condesa, habia suplicado al rey la dispensara de asistir al convite, y el rey se lo habia concedido al punto, porque, como todos, habia comprendido cuánto no seria el dolor de la bella dama por tan grave accidente.

Todos sabian cuál era la fidelidad, cuál el respeto con que el jóven doncel la habia guardado durante la cautividad del conde, y aunque hubiera algunos que atribuyesen la conducta del jóven á un afecto mas tierno que el de pariente, la reputacion de la condesa estaba tan bien sentada, que se hallaba á cubierto de toda sospecha. No obstante, aunque rindieran justicia á la condesa, no sospechando de la fuerza de sus sentimientos hácia su gobernador, todos convenian en que á su amistad, casi fraterna, debia añadirse esa tierna piedad que experimenta siempre una mujer, por mas virtuosa que sea, hácia el hombre que la ama en secreto y sin esperanza.

Así, cuando vió entrar á Salisbury, no trató de ocultar su dolor á los ojos de su marido, persuadida de que él, menos que nadie, no haria un crimen de sus lágrimas.

En efecto, Salisbury tenia necesidad de todo su valor, para retener las suyas; venia á despedirse de ella, porque á pesar de las instancias de Eduardo para que se detuviese, el inflexible mensajero habia resuelto terminar su importante comision. Así es que aquella misma noche partió de Windsor, recomendando á los cuidados de la condesa el pobre Guillermo.

Esta separacion, por mas corta que iba á ser, se hacia bajo unos tan tristes augurios, que fué acompañada por una parte y otra de un doloroso presentimiento, tal, que si Salisbury hubiese sido de un corazon ménos adicto á su rey, y de un alma menos firme en sus deberes, hubiera suplicado á Eduardo hubiese escogido otro mensajero para acabar, en su lugar, la negociacion que él habia empezado; pero el conde, en el momento en que le viniera este pensamiento, lo rechazó como si fuera un crimen, y se despidió de Alicia, dejándola árbitra de que lo esperase en Londres, ó que se volviese al castillo de Warck.

Luego que la condesa se vió sola, todas sus tristes ideas, todos sus melancólicos presentimientos se agruparon á su mente para amargar mas el dolor que le causaba el accidente sucedido á Guillermo;

así, no pudiendo permanecer en la duda, llamó á un paje y le ordenó fuera á informarse del herido.

Guillermo seguia siempre desmayado, y el médico no tenia ningun motivo para modificar sus primeras previsiones: la herida era mortal, y aunque fuera posible que el jóven recobrara sus sentidos, segun su opinion, no podia durar sino veinte y cuatro horas.

Esto lo supo Alicia, y redobló mas su dolor; acordóse entonces de aquella adhesion tan tierna, y sin embargo, tan respetuosa; de aquel amor siempre existente y siempre oculto, y todo esto durante cuatro años. Cuatro años, en los que dia por dia habia leído en el corazon del jóven caballero, como en un libro cuyas páginas vuelve el tiempo, y en el que no habia escrito mas que cánticos de amor, dictados por bocas de querubenes.

Representábasele aquel pobre herido, tan alegre y lleno de esperanzas la víspera, despertarse hoy para morir solo y abandonado debajo de una tienda. Dejarlo espirar así lejos de las dos solas personas que él amaba sobre la tierra, seria atraerse un remordimiento fatal para todo el resto de su vida.

Algun tiempo estuvo vacilante, dos ó tres veces se levantó y otras tantas volvió á caer sobre su sitial: tanto temiera que, á pesar de su parentesco, interpretasen mal esta visita mortuoria: pero por último, la voz del corazon acalló á la del mundo, y cubriéndose con un tupido velo, sin pajes sin damas, sin criados, salió del castillo de Windsor, y se encamino á la tienda de Guillermo de Montaigu.

Habia sucedido todo cuanto habia previsto el incautativo: Guillermo habia vuelto en sí, y el doctor,

que habia recibido de Eduardo orden para curar igualmente á los dos heridos, habiase aprovechado de este momento para ir á ver á Douglas, cuya situacion, aunque grave, no tenia nada de alarmante.

En cuanto á Guillermo, se hallaba poseido de una fiebre ardiente, y á pesar de su debilidad, tenia momentos de delirio, durante los cuales dos hombres apenas bastaban para sujetarle en su lecho.

En estos momentos parecia ver una sombra hacia la cual hacia todos sus esfuerzos para abalanzarse, y á la cual, discreto hasta en su delirio, llamaba sin nombrarla, con sus lágrimas y con sus preces.

En uno de estos momentos de exaltacion, fué cuando la condesa levantó de repente la tapiceria que cubria la puerta de la tienda, haciendo suceder la realidad de su presencia á los ensueños calenturientos que la habian precedido.

Por un movimiento natural, los dos hombres que sostenian á Guillermo, lo dejaron al ver se apareciera aquel ser fantástico que llamara Montaigu, y el mismo Guillermo, como si su vision hubiese tomado cuerpo, en vez de abalanzarse á ella, hizo sobre su lecho un movimiento atrás, y con el pecho palpitante cruzó sus manos en una actitud suplicante.

La condesa hizo una señal á los que guardaban á Guillermo, los cuales se fueron á la puerta de la tienda, para entrar á la primera orden que recibiesen.

— ¿Sois vos, señora, dijo Guillermo, ó es un ángel que ha tomado vuestra forma para hacerme mas dulce el paso de esta vida á la otra?

— Soy yo, Guillermo, respondió la condesa: vuestro tío no puede venir, pues ha partido á terminar

las órdenes del rey, y yo, no queriendo dejaros solo, he venido á acompañaros.

— Sí, sí, es su voz, su dulce eco, su misma forma, la que veia cuando estaba ausente, pero no oia sus palabras; ¡vos al entrar habeis disipado mi delirio y evaporado los fantasmas que me circuian! Sois vos, y ya puedo morir tranquilo.

— No, no moriréis, Guillermo, replicó la condesa tendiendo su diva mano al herido, la que cogió con una mezcla de respeto y amor imposible de explicar. Vuestro estado no es tan desesperado, como creéis.

Guillermo sonrió con tristeza.

— Escuchad, le dijo, Dios sabe lo que se hace, y mas vale morir que vivir desgraciado: no trateis de engañarme, señora, y no me arranqueis las pocas fuerzas que me quedan, haciéndome entrever inútiles esperanzas. Si por algo siento el morir, señora, es porque ya no podré guardaros.

— ¡Guardarme! Guillermo, ¿de quién? gracias á Dios, nuestros enemigos han pasado las fronteras.

— ¡Oh! señora, vuestros enemigos no son esos que tanto temeis, hay para vos uno mas temible que todos esos incendiarios escoceses; un enemigo del cual por dos veces os he libertado.

— Callad, Guillermo.

— No, escuchadme, ahora poco deliraba, pero el delirio de los agonizantes es una doble vida; pues bien, en medio de mi delirio os veia en los brazos de ese hombre; oia vuestros gritos, pediais socorro, y nadie acudia, porque yo estaba atado á mi lecho por los terribles lazos de la fiebre; yo hubiera dado, no mi vida, puesto que voy á morir, sino mi alma, mi

salvacion, mi eternidad por ir á socorremos, pero no podia... ¡ah! ¡he sufrido tanto!

— Esas son locuras, Guillermo, esas son excitaciones de la fiebre, porque adivino que quereis hablar del rey.

— Si, si, es de él de quien os hablo; escuchadme mas, señora; tal vez, ahora poco, fuera el delirio, pero en este instante, bien lo veis, estoy sereno... tengo toda mi razon, pues bien, en el momento en que cierro los ojos os vuelvo á ver como antes os veia y oigo vuestros gritos... ¡oh! ¡me vuelvo loco! pues quisiera... defenderos, señora.

— ¡Guillermo, Guillermo! exclamó la condesa espantada por el acento de veracidad que se descubria en las exclamaciones del moribundo. Guillermo tranquilizaos por piedad... calmaos.

— ¡Oh! sí, sí, calma y... despues morir. Pero esa calma, esa tranquilidad, es preciso que vos me la deis...

— ¿Qué es preciso hacer? replicó Alicia con un acento profundo de piedad; decidmelo, y lo haré, si está en mi mano.

— Es preciso partir, gritó Guillermo con mirada chispeante, partir ahora mismo... alejaos de ese hombre. Prometédmelo y moriré tranquilo.

— Pero ¿á dónde he de ir?

— A cualquier parte donde él no esté. No sabeis cuánto os ama ese hombre, porque para conocerlo es preciso tener la mirada de los celos... pues bien, ese hombre os ama hasta el extremo de cometer un crimen.

— ¡Oh! me espantais, Guillermo.

— ¡Dios mio! ¡Dios mio! conozeo que voy á mo-

rir... ¡morir antes de que os convenzais que ese hombre es capaz de todo! Juradme que partiréis esta misma noche... juradme.

— Os lo juro; pero no moriréis; yo parto al castillo de Warck, y cuando estéis mejor, allí iréis á encontrarme. Pero ¿qué teneis?

— ¡Dios mio! misericordia... piedad...

— ¡Guillermo! ¡Guillermo! gritó la condesa bajándose hácia él; Dios santo, favorecedle.

— Alicia... Alicia... balbuceó Guillermo; á Dios... yo te amo...

Y reuniendo sus últimas fuerzas, cogió á Alicia con sus brazos, la aproximó á sí, y estampó en sus labios un beso abrasador... Despues cayó sobre su almohada.

.....

Ella habia recibido su primer beso y su último suspiro.

A la mañana siguiente, la condesa, segun se lo habia prometido á Guillermo, fué á ofrecer sus respetos á la reina, que en un principio quiso detenerla, pero que conociendo el valor de la excusa de la condesa, no insistió mas, y le permitió la retirada.

En cuanto á Eduardo despues de haber hecho, como la reina, algunas instancias, cedió tambien, y con un aire tan indiferente que acabó de conveneer á la condesa que el infortunado Guillermo habia llevado muy lejos su prevision; solamente como Alicia tenia que atravesar un país, en el cual á cada momento podia verse expuesta á las invasiones de las partidas escocesas, el rey le exigió aceptara una es-

colta, y le prometiese no hacer noche sino en castillos fortificados.

La condesa se puso en camino, y el primer día se detuvo en Hertfort, pues había partido tarde y no había podido hacer más que diez leguas de jornada: ella encontró preparado su alojamiento, porque un correo iba delante como si fuese la reina la que viajase; esta era también una atención por parte de Eduardo, y la condesa no vió en ello más que una galantería exagerada, que el rey observaba por la antigua amistad que profesaba á Salisbury.

Al día siguiente se puso en camino y vino á dormir en Northampton, en donde, gracias á las mismas precauciones reales, ella encontró un departamento lujoso y espléndido con un servicio digno de una emperatriz.

La aurora empezaba á entreabrir las puertas del cielo, cuando se pusieron en marcha al siguiente día. Por más aprisa que caminaron sus cabalgaduras, llegó la noche sin que se apercibiera en el horizonte ni aldea ni castillo. Siguieron marchando dos horas más, cuando vieron brillar una luz en las tinieblas. Algunos minutos después, la luna dibujó unas torres y murallas. A medida que se aproximaban, la condesa creyó reconocer aquella fortaleza; le parecía haberla visto otra vez... cuando llegó á la puerta, no le quedó duda alguna; se hallaba en el castillo de Nottingham.

La condesa se estremeció á su pesar, porque ya saben nuestros lectores que este castillo era de recuerdos sangrientos.

Alicia entró en él con un terror que se acrecentó cuando vió que la cámara que le habían destinado

era la misma donde había sido arrestado Mortimer, y donde este había matado á Dougdale: así no tuvo valor para tocar á las viandas que la presentaron, y se contentó con gustar el vino que le habían llevado en una copa de oro.

Además no podía hacerse ilusión con esta cámara, porque ella la conocía muy bien: era la misma en que la reina Felipa le había contado aquella trágica historia, la noche de la llegada de Gualtero de Mauny y del conde de Salisbury.

Si entonces ella estaba acompañada de la reina, rodeada de sus damas, y guardada por su fiel gobernador Guillermo de Montaigu, y sin embargo tuvo miedo; ¿cuál no sería ahora su terror, cuando se veía sola, en medio de hombres casi desconocidos y con el corazón dolorido aun por la muerte reciente de aquel tierno doncel que daba su vida por su felicidad? Mas! ay! ya no estaba allí para guardarla y defenderla: el pobre jóven solo podía vigilarla desde el cielo.

Así es que permanecía en su sitial, con el codo apoyado en la mesa donde estaba la lámpara, sin atreverse á volver la cabeza atrás, por temor de ver algún objeto fantástico ó alguna sobrenatural aparición: la condesa con los ojos fijos en la chimenea veía la huella que había hecho la espada de Mortimer. Este recuerdo le trajo naturalmente á la memoria el arresto de Rogerio.

Acordóse de un subterráneo que comunicaba con los fosos del castillo; de un lienzo de pared que daba vuelta sobre sus goznes; acordóse también que la reina le había dicho que aquel subterráneo estaba

tapiado, y que la pared habia sido repellada; mas sin embargo no podia vencer su temor.

Aumentábalo mas un aturdimiento insensible que se iba apoderando de ella cada vez que gustaba algunas gotas del vino que le habían presentado... pero este decaimiento lo atribuia al cansancio de la jornada; no obstante, cada vez iba á mayor.

Entonces quiso levantarse, pero no pudo; estaba como clavada al sitio: todos los objetos parecian moverse á su alrededor... ella conoció que se hallaba en este momento bajo la influencia de un poder invencible y que vivia en un mundo en el que habia desaparecido la realidad.

La luz temblorosa de la lámpara animaba hasta los inmóviles objetos; las figuras esculpidas en la pared se movian en la sombra, y le pareció oír un ruido lejano como el de abrir y cerrar una puerta... pero todo se asemejaba á un ensueño.

Por último, pensó que aquel vino que habia bebido podia ser un narcótico, del que sentia ya los efectos; quiso gritar, pero la voz le faltó; entonces reunió todas sus fuerzas y corrió á una puerta de salida... empero una terrible realidad sucedió á todas aquellas visiones.

Un paño de la cortina se corrió, y un hombre se abalanzó en la estancia, la retuvo en sus brazos en el momento en que iba á caer desmayada, la llevó á su lecho, y agotó en ella el cáliz de la voluptuosidad.

.....

.....

XXXVIII

EL FIN DE LA CONDESA

Los dos accidentes sucedidos, el uno al jóven aventurero, y el otro á Guillermo de Montaigu, la partida del conde de Salisbury para Margate y la de la condesa para el castillo de Warek, habian puesto fin á las fiestas de Windsor. Por otra parte, Eduardo no podia estar mucho tiempo en Londres: queria visitar todos sus puertos meridionales y continuar haciendo el armamento de sus tropas.

De consiguiente partió el mismo día que Alicia olvidándose sin duda, de que debia esperar en Londres á su enviado Salisbury, que le habia de traer noticias importantes de los prisioneros.

En cuanto á la mision del conde, habia tenido el desenlace que habia previsto. Olivero de Clisson y Godofredo de Harcourt habian firmado por sí, y habian sa-

lido fiadores de los principales jefes de la Bretaña. De consiguiente, fueron puestos inmediatamente en libertad; Salisbury presenció el embarque y se volvió á Londres donde lo esperaba la noticia de la muerte de Guillermo.

Entretanto, Eduardo que reunia á la vez esa triple cualidad (bastante rara en su siglo) de profundo político, guerrero venturoso y caballero ardiente en amor, estaba pensando, durante las fiestas de Windsor, en tres asuntos que eran para él de la mas alta importancia.

Santiago de Artevelle, al que hemos perdido de vista hace dos años, seguia aun en buena opinion con las gentes de Flandes, y habia continuado sus relaciones con Eduardo; habia hecho mas, habia pensado con razon, que la mas ventajosa alianza al comercio de sus compatriotas era la de la Inglaterra, que le vendia las buenas lanas de Gales y los excelentes cueros del condado de York; y esta alianza era menester mantenerla á toda costa.

Uno de los medios de hacer esta alianza duradera era establecer al jóven príncipe de Gales señor y heredero de Flandes, en lugar de Luis de Crecy, y segun cartas del ex-cerveccero, el momento habia llegado y los espíritus estaban dipuestos á la revolucion.

En consecuencia, Eduardo habia tomado sus disposiciones, y no habia querido confiar á nadie la carta de Artevelle, temeroso de que se desbaratara el plan por algun soplo ó conspiracion.

En cuanto á los asuntos de Bretaña, iban á mejor por momentos, y teniendo de su parte á la Gascuña,

la conquista de Francia no le seria ya tan difícil; de modo que iba á realizar uno de los ensueños mas gigantescos que un rey de Inglaterra pudiera jamás haber concebido, y para llevarlo á cabo solo le faltaba terminase la tregua; tregua que debia espirar el 29 de Setiembre de 1346, dia del arcángel san Miguel.

Esta tregua además no cambiaba nada en los respectivos derechos de Carlos de Blois y del conde de Montfort: los partidarios de los dos rivales podian continuar sus escaramuzas, sip que ni el uno ni el otro de ambos reyes fuese responsable de estos encuentros particulares: en una palabra, todo estaba dispuesto para que cada uno, usando de sus derechos y recursos, se encontrase mas vigoroso para combatir á la espiracion del armisticio. Ved aquí porqué Eduardo habia dado prisa á Salisbury á que recogiese los contratos de Olivero de Clisson y Godofredo de Harcourt, que le prometian de antemano la cooperacion de los principates señores de la Bretaña y Normandía; cooperacion que le creaba en el continente una fuerza material, á la que era difícil que Felipe de Valois resistiera.

En cuanto á Salisbury, tan luego como terminó su comision, se volvió á Londres y llegó al puerto de Sandwich, ocho dias despues que Eduardo habia partido con el conde de Suffolk, Juan de Beaumont, el conde de Lancastre, el de Derby y otros varios señores y barones.

Salisbury extrañó en un principio no haber sido designado para formar parte de esta expedicion; pero conociendo la rapidez de las resoluciones de Eduar-

do, comprendió que sería motivado por algun parecer instantáneo, ó por alguna noticia inesperada; de consiguiente, resolvió ir á unirse con la condesa en el castillo de Warck, y esperar allí las órdenes del rey.

El conde abandonó el puerto y tomó el camino de su castillo en pequeñas jornadas, porque iba sin séquito alguno, y por consiguiente no llevaba mas que un caballo. Además, como en estos tiempos de guerra todo caballero tenia costumbre de caminar armado, era imposible que su cabalgadura, por muy vigorosa que fuese, pudiera resistir el peso del caballero y el de la armadura, ni menos hacer jornadas de diez ó doce leguas.

A los seis días de camino llegó á la colina de Roxbourgh, desde la que se descubria el castillo de Warck.

Todo estaba lo mismo que lo habia dejado, y no obstante, á su vista sintió una inexplicable tristeza, tal, que aun retuvo mas su caballo, y en vez de ponerlo al galope para cuanto antes llegar al lado de su adorada Alicia, detuvo el paso de su corcel y se acercó como temblando, y cual un hombre que pesa sobre él una desgracia que ignora, pero que un presentimiento le avisa que existe.

No obstante, ningun cambio visible justificaba estos presagios: la bandera flotaba en la torre, los centinelas se paseaban en la muralla con ese paso lento y monótono que indica que todo está tranquilo dentro y fuera. Algunos pobres aldeanos de las cercanías, que venían de dejar los viveres, salían por la gran puerta y se volvían á sus aldeas.

Salisbury quiso ir á ellos y preguntarles, pero ¿sobre qué? él lo ignoraba. Soportó este momento de debilidad, y convencido por el testimonio de sus ojos que su imaginacion le engañaba, espoleó su caballo y en un momento llegó al pié de la colina, en la cumbre de la cual se hallaba edificado el castillo.

Llegado allí, conoció en la señal del centinela que habia sido reconocido, y subió rápidamente el sendero que conducía á la plataforma.

Cuando llegó á la puerta, encontró á sus oficiales que lo esperaban, mas no creia ser solo esperado por ellos. Ordinariamente Alicia era la primera en venir ante él, y ahora no la veía. No obstante, bien pudieran haberla avisado. ¿No estaria quizá en el castillo? Mas sino ¿en dónde estaria? Así es que el primer nombre que pronunció el conde fué el de su mujer. Nadie le contestó. El conde no se atrevió á interrogar mas, y entró en el patio: detúvose un momento, porque no viéndola en el peristilo, miró á las ventanas á ver si en alguna de ellas estaba asomada; pero todas las ventanas estaban cerradas. Entonces subió los escalones con mas ligereza de la que permitia el peso de su armadura, y corrió á la cámara de su mujer. Todas las piezas estaban desiertas y silenciosas. Por último, llega al oratorio y encuentra á la condesa arrodillada ante el altar, pálida como un cadáver y vestida de negro.

El conde se quedó mudo y tembloroso á tal vista, porque no podia adivinar lo que habia sucedido; en fin, viendo que la condesa permanecia inmóvil, corrió á ella y rompió el silencio.

— ¿Qué ha sucedido, señora? dijo con vacilante acento, ¿por quién llevais ese luto?

— Monseñor, contestó la condesa con voz tan débil que apenas pudo entenderla Salisbury, llevo el luto de vuestro honor que me ha sido vilmente robado en el castillo de Nottingham por el rey Eduardo de Inglaterra.

FIN

INDICE

I. — La Garza real	4
II. — La vida de un rey	14
III. — Revelacion	21
IV. — Una sentencia de teólogo	30
V. — Los embajadores	41
VI. — O Mercader, ó Guerrero	52
VII. — Explicaciones importantes	61
VIII. — El almuerzo	69
IX. — Proyectos de independencia	81
X. — Los dos compadres	91
XI. — Conquista de Cadsand	103
XII. — Detalles históricos	117
XIII. — Williams Wallace	126
XIV. — Traicion y muerte	131
XV. — Un trono y dos reyes	139
XVI. — Declaracion de guerra en Colonia	150
XVII. — Aticia y la reina	164
XVIII. — Dos votos ya cumplidos	169
XIX. — Empiezan las hostilidades	178
XX. — El honor ante todo	184
XXI. — Los pliegos del astrólogo	191
XXII. — La liebre.-retirada	199